EL IMPACTO CULTURAL DEL '98

Por ERNESTO BARNACH-CALBÓ MARTÍNEZ

El '98 como fenómeno europeo e hispanoamericano

Ámbito y contenido de este trabajo

La crisis de identidad nacional que se encuentra en la base del llamado '98 y que se constituye en elemento común de las múltiples y diversas interpretaciones de que ha sido objeto, no es sólo un fenómeno de raíz hispánica. Cabe considerarlo como una actitud crítica, más dilatada en el tiempo, que se produce también en otros países de Europa como consecuencia de las derrotas de Francia en Sedán, Italia en Adua y la crisis del ultimátum en Portugal. Tan significativos reveses a los que se añadiría más tarde la pérdida de las últimas colonias españolas en América, frente a los éxitos de la Alemania de Bismark, de la Inglaterra victoriana y de la incipiente gran potencia norteamericana, provocaron, en el último cuarto de siglo XIX, una preocupación compartida, al menos entre influyentes minorías intelectuales y políticas, por las interpretaciones, pretendidamente científicas sobre los caracteres o mentalidades nacionales o raciales.

El diagnóstico resultante llevó al reconocimiento de la decadencia de la latinidad —y del panlatinismo de origen francés, contestado tras el fracaso de la invasión gala a México— en beneficio de las naciones germanas y sajonas. Si el panlatinismo se había identificado con Chevalier, difusor del término América Latina, el pangermanismo, como defensor de la superioridad de la raza aria, se simbolizaría, en su versión más radical, en Gobineau. Por su parte, el panamericanismo que hundía sus raíces en la Doctrina de Monroe, se afianzaría también en esta época como soporte y

justificación de la hegemonía norteamericana en la región hispanohablante; a la que los Estados Unidos, recuperando el término acuñado originariamente en su contra, acabaría denominando América Latina, reservándose para sí el de América a secas.

Pero es acerca del '98 en el ámbito español e hispanoamericano sobre el que nos toca reflexionar ahora en la segunda parte de este trabajo, resaltando algunos aspectos culturales que, en torno a esa fecha, adquirieron especial relevancia. Entre los cuales, cabía señalar de antemano los siguientes.

En primer lugar, el acusado protagonismo de los intelectuales españoles de fin de siglo en el análisis crítico de la situación de la época y su preocupación por «el problema de España», no sólo fue un hecho novedoso, sino que se fundamentó en una interpretación de nuestra historia basada en buena medida en la tradición literaria y artística, es decir tuvo una bien visible impronta cultural.

En segundo lugar, la aproximación que tras casi un siglo de desconocimiento mutuo entre España y América Latina, como consecuencia de la independencia y de la desacertada política exterior española hacia el subcontinente, parece producirse en torno al '98, tiene una clara manifestación en el plano cultural, particularmente en la actitud de destacados intelectuales de ambas orillas.

Por lo que a España se refiere, en el seno de la nueva clase de intelectuales recién aludida, en la que sobresalen con luz propia los krausistas-institucionistas y los vinculados a la polémica generación del '98, algunos de los más significativos se ocuparon por primera vez de la cultura americana encarnada entonces en tendencias tan influyentes como el «modernismo» en la literatura y el «ariélismo» en el ensayo. Este fenómeno cuyo primer paso se da a propósito de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento resulta tanto más notorio cuanto que, como señala Antonio Lago, y contrario a lo que cabría esperar, «no ha sido demasiado intensa ni extensa la repercusión que en las letras y en el pensamiento españoles ha tenido el tema de América».

En la América hispana, escritores e intelectuales vinculados por su común desconfianza frente a la emergente potencia estadounidense tras la guerra hispano-norteamericana, y por el rechazo a sus valores más representativos, se replantearon de manera más favorable sus relaciones con España, que había dejado definitivamente de constituir una amenaza, y particularmente con la cultura española.

Por último, es también en torno al '98 cuando empieza a formularse el llamado «hispanoamericanismo» término controvertido al que dedicamos la última parte del presente estudio. Si bien no constituyó un movimiento social o político definido, el hispanoamericanismo, como señala Antonio Niño, puede concebirse, por un lado, como una manifestación del regeneracionismo finisecular y por otro, como inspirador de la política cultural española hacia la región latinoamericana que lenta y laboriosamente fue articulándose a lo largo de las tres primeras décadas del siglo actual. En este sentido, el hispanoamericanismo entroncaría con la doctrina de la hispanidad que se convertiría en recurso ideológico legitimador del franquismo y con el «iberoamericanismo» actual en la medida que este último, consagrado por las Cumbres iberoamericanas, encarna la nueva política cultural americana de la democracia española.

El '98 en España como fenómeno cultural

EL '98 sigue siendo, en su primer centenario, un acontecimiento polémico y multifacético. No obstante, si hay unanimidad en valorar el fuerte simbolismo de esa fecha, en considerarla una hito de la historia de España, momento de separación de dos períodos históricos, como señala Julián Marías; aquel en el que definitivamente empieza «nuestro tiempo». También suele decirse que la conciencia de crisis característica de un período de cambio simbolizado, no tanto en la derrota como en el llamado «Desastre», fue sobre todo un fenómeno intelectual minoritario; no afectando de manera sensible, al menos al principio, a la estructura legal y política del país ni siquiera a la opinión pública, tan poco desarrollada entonces. La sociedad en su conjunto no pareció compartir el pesimismo, bien característico de la minoría pensante, con respecto a la capacidad y posibilidades del pueblo español. Hay igualmente acuerdo en afirmar que en torno a esa fecha surge una auténtica renovación cultural, muy especialmente en el ámbito de las letras —Unamuno, Baroja, Azorín, Valle Inclán, Machado; que se prolongaría —«Edad de Plata»— a través de la generación del '27 hasta bien entrado el siglo veinte.

Analistas como Miguel Artola subrayan además, que en contraposición al pesimismo de las elites, la época posterior al '98 se caracterizó por un notable crecimiento económico así como por la eclosión de grandes maestros más allá de la literatura en los dominios de la investigación científica, cuyo máximo exponente fue Ramón y Cajal, y de las ciencias sociales —Altamira, Menéndez Pidal— sobre todo en torno al Centro de Estudios Históricos fundado en 1910.

Señalemos, para terminar, que tanto en los regeneracionistas vinculados en buena medida al krausismo-institucionista, como sobre todo en aquellos identificados con la generación del '98 propiamente dicha, se dieron, aparte marcadas diferencias, por un lado, una común preocupación por las limitaciones y defectos del sistema político de la Restauración, lo que implicó a su vez una radicalización del secular discurso sobre la decadencia española; y por otro, una nueva manera de abordar «el problema de España» que en cierta medida ha llegado hasta nuestros días, sobre la base de la relación entre el pasado, la identidad del pueblo y la política. Es decir, la búsqueda de soluciones al presente exigió una profunda reflexión fundamentada en la idea de que «en la lengua, la literatura y el arte se expresan configuraciones del mundo que definen el espíritu del pueblo», como señala Inman Fox. Se trataba en definitiva, según este autor de «la regeneración de España a través de la comprensión de su pasado redivivo», de fuerte impronta castellanizante y, en consecuencia, del conocimiento de los caracteres básicos de la identidad colectiva —el carácter nacional o modo de ser de los españoles reflejados en el arte y literatura hispanos.

Habría que añadir, no obstante, que los protagonistas de ambos grupos, muy especialmente aquellos de la renombrada generación del '98, independientemente de lo acertado de su agrupamiento o de la validez del propio concepto de generación, han sido y siguen siendo objeto, como ocurre con tantas figuras de nuestra historia intelectual y política, de polémica y controversia. Si para sus numerosos defensores representan un esfuerzo necesario de reflexión y revisión generalizados, al ahondar en las causas de la decadencia española en vista a su superación definitiva, para sus críticos su inclinación estética y metafísica, su vocación por la búsqueda de las esencias hispanas les lleva a un pesimismo integral, a una visión inmovilista de la historia de España y a fin de cuentas, a un rechazo de la modernidad a la que, en principio, aspiraban.

Aproximación cultural finisecular entre España y América Latina

Primer acercamiento con motivo del IV Centenario del Descubrimiento

Aunque existieran antecedentes aislados que tímidamente pretendieron romper el prolongado silencio que la sociedad española a todos los niveles había mantenido desde la independencia hacia los temas americanos — publicación de documentos históricos y ediciones críticas sobre las obras de los cronistas, creación de entidades privadas como la sociedad Colom-

bina Onubense y la Unión Iberoamericana, no fue hasta la última década del siglo pasado cuando empezó a producirse una aproximación americanista. La revitalización del atascado proyecto de IV centenario del descubrimiento de América por decisión del Presidente del Gobierno Cánovas del Castillo en 1890 —creación de una Junta a la que se incorporaron representantes de los países latinoamericanos y promoción de iniciativas particulares— constituyó el detonante de este proceso.

El IV Centenario del Descubrimiento de América, convocando en un momento en el que al desinterés general por la América hispana se añadió la deficiente coyuntura económica del país que tanto alarmaría a Juan Valera, uno de sus más prominentes defensores, constituyó una modesta tentativa, por una parte, de reivindicar la empresa española en América, blanco secular de la Leyenda Negra y, por otra, de fortalecer las relaciones con las naciones latinoamericanas que desde el punto de vista diplomático se habían ido laboriosa y progresivamente restableciendo, país por país, durante cincuenta y ocho años (1837-1895).

Sus resultados como sus medios fueron efectivamente muy limitados. No se consiguió atraer el interés de la opinión pública por tan significativo capítulo de la historia de España pero sí se logró una no despreciable repercusión cultural, si bien minoritaria. Sus mejores frutos estuvieron en efecto vinculados a los escritores —Valera, Vidart, Pardo Bazán, Menéndez y Pelayo, Castelar, Pi y Margall— que en mayor o menor medida aportaron su conocimientos y valoración de la cultura e historia latinoamericanas. Sin embargo, el relanzamiento de las relaciones con los países de la región, como señaló el estudioso del Centenario, Bernabeu Albert «quedó en buenas intenciones ante las dificultades reales —técnicas financieras y políticas— de este evento».

Entre los principales actos celebrados en este marco, interesa mencionar las Exposiciones, los Congresos y el ciclo de conferencias celebrado en el Ateneo de Madrid. Las primeras contaron con la participación de todos los países latinoamericanos. Entre los once Congresos cabe recordar el de Americanistas correspondiente a su novena edición, el más brillante de los celebrados hasta entonces, que contribuyó a promocionar a Huelva y a la sede del mismo, el restaurado Monasterio de la Rábida; el Pedagógico centrado en una revisión exhaustiva de la enseñanza y a cuyo éxito contribuyó Rafael María de Labra, para el que resultaba evidente «la gran intimidad, moral de los pueblos americanos, portugués y español más allá de la independencia, soberanía y singularidad de los países representados»;

y el Literario y Jurídico iberoamericano ocupándose este último, entre otros temas, acerca de las bases de una legislación internacional común sobre propiedad literaria, artística e industrial.

El ciclo de conferencias sobre el descubrimiento y la colonización españolas, recogidas en tres volúmenes, constituyó seguramente el programa cultural más ambicioso del Centenario. Ello a pesar de las críticas que más tarde haría al respecto Rafael Altamira, calificándolo de «desigual y a menudo vacío de contenido».

Pero fueron quizás las iniciativas individuales de prestigiosos intelectuales del momento estudiosos de Hispanoamérica, las que alcanzaron mayor dimensión. Es el caso de Juan Valera, principal valedor de la revista oficial del evento «El Centenario» y autor de las «Cartas Americanas» y numerosos escritos de contenido americanista destinados a periódicos de Europa y América que alcanzaron, gracias a su prestigio intelectual, gran difusión. Por su parte, Menéndez y Pelayo cuya vocación americanista, al contrario de la de Valera, se remontó a su juventud, mantuvo una nutrida correspondencia con escritores hispanoamericanos, entre la que sobresale la habida con el filólogo colombiano Miguel Antonio Caro que ya en 1879 le animó a «escribir una historia general de la literatura española, incluyendo la de América».

Deseo que se convirtió en realidad al encomendar la Academia de la Lengua al ilustre polígrafo santanderino, a propuesta de Valera, la elaboración de una antología de la poesía lírica hispanoamericana. Ese trabajo se llevó a cabo en sólo dos años gracias en parte a la colaboración de sus corresponsales americanos, y fue la base de su «Historia de la Poesía hispano-americana», publicada en 1911, un año antes de su muerte. Obra, para algunos, la más prestigiosa surgida con motivo del IV Centenario, ya que constituyó la primera antología literaria global en lengua española y la primera también que, en alguna medida, y salvando el indiscutible protagonismo de D. Marcelino, fue resultando del común esfuerzo de escritores de ambas orillas.

El acercamiento cultural español a América tras el '98: Unamuno

Si nos hemos detenido en el recuerdo del IV Centenario ha sido por haber quedado este evento relegado al olvido, incluso durante el período de preparación y celebración del V Centenario de 1992 y por el hecho de haber tenido mayor repercusión y por tanto ser más conocidos los grupos de intelectuales vinculados a la generación del '98 y al movimiento regeneracio-

nista de raíz krausista-institucionista; y a algunas de cuyas comunes características nos hemos ya referido, señalando su pretensión de liderazgo moral y social frente a la tradicional clase política profesional decadente e incapaz de articular, según ellos, un programa nacional ampliamente consensuado.

Entre estos nuevos intelectuales, la preocupación por el problema de España se amplía en algunos casos, a la reflexión sobre la colonización española en América y acerca de los vínculos comunes, fundamentalmente culturales, fruto de casi cuatro siglos de convivencia, que era necesario fortalecer. Conciencia y preocupación americanas patentes en Unamuno, Valle Inclán, Maeztu, Menéndez Pidal y Altamira, posiblemente los más representativos desde perspectivas distintas —ensayo, literatura, historia— de esta recuperación americana; a la vez que los iniciadores de una corriente que a través de la llamada «España peregrina» llega hasta nuestros días con Vicens Vives, Tovar, Marías, entre otros. Ante la imposibilidad de referirnos a todos ellos individualmente, fijamos nuestra atención en dos figuras clave y señeras de la época, Miguel de Unamuno, exponente destacado de la generación del 98 y Rafael Altamira, el gran historiador del regeneracionismo y puntal del hispanoamericanismo, del que hablaremos en la última parte de este trabajo.

Antonio Lago nos recuerda que si bien Unamuno nunca viajó a América, hay razones familiares que ayudan a explicar su vocación americana. Su padre, muerto cuando el escritor vasco era aún niño, vivió en México de donde regresó a España para casarse. Fue, por consiguiente, aquel país a través de su madre, con la que es sabido le unió una relación especialmente estrecha durante toda su vida, la primera nación americana de la que guardó recuerdo. Como el propio Unamuno señaló, su madre quedó «para educarnos, caudal de tradición mejicana y de un espíritu formado en noble liberalismo». A partir de 1894, se interesó por él Martín Fierro de José Hernández, destacando la fuerza de su primitivismo y desde entonces su interés por las letras hispanoamericanas se mantuvo como una de sus constantes vitales. De la mano de Antonio Lago recorreremos brevemente la ruta americana de Unamuno, a través de tres vías distintas.

En primer lugar, es Unamuno un estudioso de la historia del Nuevo Mundo al glosar a los principales cronistas españoles y recabar su atención algunas de las grandes figuras americanas, a partir de la Independencia, muy especialmente Simón Bolívar a quien compara con el Quijote y «el gigante de las letras americanas», Domingo Sarmiento. Muy acertadamente se

refiere Lago a la valoración de Unamuno con respecto al polifacético escritor, educador y político argentino. Por un lado, el reconocimiento de su talla e influencia intelectual de la que es buena muestra su obra cumbre «Facundo. Civilización o Barbarie», publicada a mediados del siglo pasado y origen de una de las más fecundas reflexiones sobre la identidad americana. Por otro, la alta estima y admiración hacia Sarmiento a pesar de su despectiva y apasionada actitud contra España. Unamuno estableció con él una doble sintonía personal y colectiva —de manera semejante a la profesada hacia Bolívar— al considerar a tan acusado crítico «profundo y netamente español».

Pero además, cuando el desinterés general hacia lo americano seguía siendo notorio, como él mismo proclamó a menudo, Unamuno en la estela de Valera y Menéndez y Pelayo, fue un atento lector y analista de algunos de los más destacados escritores americanos —Rodo, Alcides Arguedas, Zorrilla de San Martín, Nervo— de la época.

En tercer lugar, su vocación americana le llevó no sólo a escribir sistemáticamente sobre las letras y el pensamiento de los países hispanohablantes en medios de comunicación españoles, si no a utilizar la prensa de la región, sobre todo la bonaerense, a lo largo del primer tercio de este siglo, ya que en sus propias palabras «... quisiera que estas correspondencias fueran un hilo más en la trama de la hermandad de todos los pueblos de lengua castellana por la que vengo trabajando hace años ya».

Finalmente, su amor por Hispanoamérica provocó en él una apasionada reflexión sobre los elementos aglutinantes del conjunto de países de raíz hispánica. Por una parte, el sentimiento religioso que en su opinión, había de distinguir a estos pueblos —«un ideal que nos dé originalidad»— de otros que sólo creen en la riqueza material o en las abstracciones de la Ciencia y el Progreso con mayúsculas, de manera semejante a lo postulado por el uruguayo José Enrique Rodó. Por otra, la lengua como vínculo primordial entre los hablantes que la comparten. Para Unamuno, la lengua no es sólo instrumento de comunicación, sino, al igual que para los románticos alemanes, elemento esencial de un pueblo —«sangre del espíritu»— y, en este caso, de una comunidad de pueblos en la que todos ellos deben contribuir a su engrandecimiento en pie de igualdad, de tal modo que «el español compartirá un día con la lengua inglesa el predominio mundial». Esta comunidad hispánica concebida como unidad espiritual es la que Unamuno denominó «Hispanidad», utilizando por primera vez este término que más tarde emplearía de manera más dogmática y radical Ramiro de Maeztu

El acercamiento cultural americano a España: Darío y Rodó

Ya Manuel Ugarte se había planteado en su época la existencia de una generación finisecular latinoamericana —Rodó, Fonbona, Santos Chocano, Vasconcelos, Ureña y el propio Ugarte— paralela a la del '98 en España. Entre los elementos constitutivos, según Petersen, del concepto de generación, proximidad de nacimiento, relaciones personales entre sus miembros, coincidencia en medios de expresión, lenguaje generacional análogo y acontecimiento o hecho histórico capaz de generar una actitud o estado de ánimo compartido, este último es el más significativo.

Sin duda, el hecho histórico determinante en el cambio de siglo fue, tras la guerra hispano-norteamericana, el ascenso de los Estados Unidos como gran potencia mundial y su creciente interés político y estratégico en América Latina. Ya en 1895 el Secretario de Estado Richard Olney al afirmar que su país era «prácticamente soberano en este continente», dio una nueva interpretación a la Doctrina de Monroe en sentido claramente hegemónico. La constatación del aislamiento y vulnerabilidad de los países hispanohablantes frente al coloso del Norte indujo a destacados intelectuales de la época a poner en evidencia el contraste entre su propia cultura y la norteamericana y a reafirmar los lazos culturales comunes propios de una identidad latinoamericana específica. Ello implicó a su vez, la reafirmación de la tradición cultural latina e hispánica, bien distinta de la anglosajona característica inherente a la historia estadounidense.

Características bien presentes en dos tendencias muy representativas de la renovación cultural finisecular americana: el «modernismo» y el llamado «ariélismo», consecuencia este último del gran impacto producido por «Ariel», el famoso libro de José Enrique Rodó. El modernismo cuya figura indiscutible fue el poeta nicaragüense Ruben Darío, representó no sólo la primera expresión original relevante de la cultura americana, si no un amplio movimiento renovador en la forma y contenido de la literatura de la época, cuyo impacto se dejó sentir poderosamente tanto en la región latinoamericana como en la península ibérica.

Si el carácter esteticista en la obra poética de Darío («Azul» 1888) y la influencia francesa («Prosas Profanas» 1896) fueron en una primera etapa muy acusadas y escasa su preocupación por la situación sociocultural, tras el '98 se produjo en él un ensanchamiento de dimensiones ideológicas y un claro acercamiento a la problemática cultural hispana a la que, en principio, había ignorado («Cantos de Vida y Esperanza», publicado en Madrid en 1905). A esta transformación contribuyó sin duda la publicación de

«Ariel» en 1900, siendo en realidad recíprocas las influencias entre Darío y Rodó; al uruguayo dedicó el poeta el primero de sus «Cantos» en muchos de los cuales, por otra parte, se exalta la unidad de la raza latina («Salutación del optimista») ante las amenazas de Estados Unidos, objeto también de sus iras en la «Oda a Roosevelt»

Pero es sobre todo en el citado «Ariel», libro que fue leído, en opinión de José Miguel Oviedo, «primero, como un manifiesto y en las dos décadas siguientes como un evangelio para la acción», donde lo condena a la civilización materialista norteamericana, en contraste con la espiritualidad y unidad cultural de América Latina, se manifestó con mayor intensidad. Su publicación en el primer año del nuevo siglo en pleno auge del modernismo con cuyo lenguaje se encuentra emparentado, supuso el inicio del ensayo hispanoamericano contemporáneo que tan brillantes frutos habría de rendir a partir de entonces, así como la renovación del permanente debate sobre la identidad americana procedente de Sarmiento. Representa, por último, «Ariel», la reacción contra el positivismo, triunfante con inusitada fuerza en toda la región durante la segunda mitad del siglo XIX, especialmente en los dominios de la política y la educación.

Señalemos para terminar que al reafirmar la fuerza de las ideas y de los ideales en la conformación de las sociedades, Rodó dió nuevo impulso a una vocación tan marcadamente americana como la educativa, de la que se hicieron eco grandes figuras decimonónicas como el propio Bolívar, Bello, Sarmiento y Hostos, si bien con un carácter más bien elitista y minoritario.

En efecto, el acercamiento a Europa a través del ideal de la Grecia clásica difícilmente podía servir de modelo, como los críticos de «Ariel» se apresuraron a manifestar, a la étnicamente diversa población americana, mayoritariamente mestiza e indígena y en gran medida desatendida económica y educativamente. Es en Uruguay, por medio de la obra política del Presidente Batlle y Ordoñez y en la región rioplatense, ambas de población primordialmente blanca de origen europeo, donde pareció encarnarse, de algún modo, la utopía de Rodó. En otros países de la región, el «ariélismo», aun cuando influyente, fue visto por muchos como una filosofía de corte didáctico básicamente conservadora, ajena a los problemas propios de sociedades de desarrollo e integración muy desiguales.

El hispanoamericanismo regeneracionista y la política cultural española hacia América Latina

El regeneracionismo krauso-positivista o institucionista

El movimiento regeneracionista, al que de pasada hemos aludido ya en algunas ocasiones, si bien tiene en común con la generación del '98 el enfoque del «problema de España» en el contexto del pasado de la nación del que se derivan las virtudes y defectos de los españoles constitutivos del «carácter nacional», se diferencia de esta última por su búsqueda de soluciones concretas, mayoritariamente de carácter económico y educativo. Sus representantes más sobresalientes —Mallada, Picavea, Iseru, Morote, Costa, Altamira— en auge durante la última década del siglo pasado y primeros años del actual fueron aquellos, como señala Inman Fox, que «ensayaron la aplicación de la ciencia positiva a la resolución de los problemas nacionales».

El positivismo cultivado por los regeneracionistas —vinculado al krausismo introducido en España por Sanz del Río y encarnado en la Institución Libre de Enseñanza fundada en 1876 por Giner de los Ríos —tuvo como meta la transformación del hombre español por medio de la reforma pedagógica y moral de la sociedad. En efecto, la regeneración de la sociedad española, en tantos aspectos atrasada e inculta, y el arraigo en ella de la tolerancia, el espíritu democrático, y el talante científico, se conseguiría mediante una total renovación de la educación, algunos de cuyos aspectos clave fueron: los métodos activos de enseñanza, el contacto con la naturaleza, las tradiciones populares, la expansión cultural, la educación de la mujer y la coeducación. La formación de minorías activas en su calidad de promotoras y difusoras de este proyecto renovador se hará a tal efecto indispensable.

El hispanoamericanismo: Altamira

Según Antonio Niño, a quien seguimos en este apartado, «la política cultural española que se empezó a articular progresivamente en las primeras décadas de este siglo, estuvo inspirada y fue promovida por el hispanoamericanismo regeneracionista finisecular.

Si el regeneracionismo representó el descontento de los intelectuales y profesionales con el sistema político de la Restauración, incapaz de llevar a cabo una auténtica modernización del país, el hispanoamericanismo, menos estudiado, encarnó una «corriente ideal y sentimental», en pala-

bras de Altamira, hacia la América de lengua española. Aun cuando no suele reconocérsele como un movimiento propiamente dicho, en el sentido de constituir una tendencia política bien definida, configurada en una doctrina estructurada y capaz de producir efectos políticos, como, por el contrario, si pretendió más tarde durante el franquismo la doctrina de la «hispanidad, el hispanoamericanismo surgió del regeneracionismo universitario, reformador, de origen krausista-institucionista, a cuya filosofía acabamos brevemente de referirnos.

Si Joaquín Costa, como subraya Niño, fue el representante principal del regeneracionismo, Rafael Altamira es considerado como la figura más destacada del hispanoamericanismo, amén de pertenecer también por derecho propio al primero, como bien se refleja en su obra «Psicología del pueblo español». Lo que, por otra parte no resulta casual al ser los promotores de ambos a menudo los mismos. Para el ilustre profesor de la Universidad de Oviedo, la política cultural de España hacia América Latina basada en el hispanoamericanismo, no debía tener carácter partidista —hoy hablaríamos de cuestión de Estado— ni menos implicar una unión política de cualquier tipo.

Se trataba por consiguiente, al menos al principio, de restablecer las relaciones de España con América durante tanto tiempo deterioradas, sobre bases de igualdad y confraternidad, «sin ningún género de supremacía política»; tal como se afirmaba en las Propositiones de la Universidad de Oviedo al Congreso Hispanoamericano celebrado en 1.900, firmadas, entre otros, por Adolfo Buylla, Leopoldo Alas, Adolfo Posada, Aniceto Sala, Melquiades Álvarez y el propio Altamira. Hacia los años veinte, no obstante, en la medida en que la relación entre la defensa de la «modalidad hispana» o identidad común de los pueblos hispánicos y la división política existente entre los Estados americanos empezó a considerarse contradictoria, comenzó también a plantearse el ideal de una unión política de mayor o menor grado, pero en todo caso desprovista, como pretendió Altamira, de cualquier tipo de hegemonía española. A la que si fueron proclives, por el contrario, ciertos grupos encuadrados en un hispanoamericanismo más conservador.

La defensa de la identidad común implicó para Altamira, por un lado, la rehabilitación de nuestra historia cuya credibilidad dependía en buena medida de la valoración de la obra de España, en América y, por otro, la unión espiritual de los pueblos de cara al futuro —la tradición no excluía el progreso— a través de la educación confiada a los elites cuya superioridad

también aquí resultaba necesaria. La problemática de la identidad y de la educación —exaltación de valores espirituales propios, idealismo pero también conciencia de atraso y necesidad de modernización— condujo a una aproximación entre el hispanoamericanismo regeneracionista y el «ariellismo», coincidentes ambos en el tiempo, y entre Altamira y Rodó, admiradores mutuos y amigos personales. No en balde, el primero presentaría y prologaría, entusiastamente el célebre libro ya comentado del uruguayo y este promovería y organizaría la visita de Altamira a Uruguay, con motivo de su viaje por tierras americanas.

El hispanoamericanismo positivo

Pero el hispanoamericanismo regeneracionista no se redujo a un planteamiento utópico ni a un lenguaje más o menos retórico. Implicó también la realización de un plan de acción realista y práctico conducente, a su vez como quería Altamira, a levantar y extender el prestigio español en todos los países americanos vinculados por intereses culturales comunes. Antonio Niño, enumera los aspectos principales del «programa americanista»: el estudio de la historia americana en las universidades e institutos españoles, el intercambio de profesores universitarios y de publicaciones entre los centros docentes del mundo hispanohablante, el envío de pensionados para estudiar la vida social, económica e intelectual americana, el establecimiento de un centro oficial promotor de las relaciones con Hispanoamérica y la creación en Sevilla de una escuela de estudios históricos vinculada al Archivo de Indias.

Medidas todas ellas encaminadas a lograr un auténtico acercamiento entre los investigadores e intelectuales de ambas orillas habida cuenta que, como pensaba Altamira, «la regeneración si ha de venir ha de ser obra de una minoría que impulse a la masa, la arrastre y la eduque».

Paulatinamente, estas medidas se fueron implementando, con mayor o menor intensidad y acierto, sobre todo a partir del famoso viaje de Altamira por el continente americano en 1910 (Argentina, Uruguay, Chile, México, Estados Unidos y Cuba) cuya repercusión fue enorme tanto en América Latina como en España. El viaje fue promovido por la Universidad de Oviedo y su selecto grupo, ya citado, de profesores de raigambre krausista, convirtiéndose así esta institución en punta de lanza del «programa americanista». A su ejecución contribuyeron también otros organismos de carácter educativo e inspiración institucionista, cuya influencia en el Gobierno se dejó sentir a partir de 1907, como la Residencia de Estudian-

tes, la Dirección General de Enseñanza Primaria y el Centro de Estudios Históricos y entre los que destacó a este respecto la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, creada en esa misma fecha.

Fruto del viaje americano de Altamira fue la Real Orden de 1910 por la que se encomendó a la Junta el fomento de las relaciones científicas con los países hispanoamericanos mediante acciones diversas relativas a la enseñanza superior que, por lo general, coincidían con las postuladas en el citado «programa americanista». Otra Real Orden del mismo año instruyó al Museo Pedagógico Nacional promover el intercambio de trabajos escolares y material de enseñanza entre instituciones docentes españolas y americanas.

El desarrollo de este plan fue lento y desigual. La Junta no se mostró partidaria de enviar pensionados a los países latinoamericanos con el fin de realizar en ellos investigaciones ya que para incrementar nuestro prestigio e influencia en la región era preferible, según dicha institución, que los investigadores se formaran en los centros internacionales de mayor rango que, por lo general, no se encontraban precisamente radicados en el mundo hispano hablante; a donde si era aconsejable se dirigieran en calidad de profesores una vez terminada su preparación académica. Altamira, en consonancia con su nítida trayectoria americanista, se opuso reiteradamente a esta política.

La labor científica de la Junta de Ampliación de Estudios de cara a América Latina tendría en Argentina su principal destino y contaría con la colaboración de la emigración española en este país, gracias a la cual se creó en Buenos Aires en 1912 la Institución Cultural Española, instalándose más adelante entidades similares en Montevideo, México y La Habana. A través de la cátedra promovida por la Institución Cultural pasaron por las universidades argentinas hasta los años treinta los más ilustres científicos e intelectuales españoles.

La influencia institucionista se prolongaría hasta 1921 con la creación, a semejanza de la Alianza Francesa, del primer organismo público dedicado a diseñar una política cultural, especialmente para el ámbito americano. Sin embargo, los proyectos de la Oficina de Relaciones Culturales en el Ministerio de Estado, cuyo promotor fue Américo Castro, se vieron drásticamente reducidos por falta de fondos así como por la crisis política que condujo a la dictadura de Primo de Rivera.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ABELLÁN, JOSÉ LUIS. «La idea de América; Origen y evolución», Ediciones Istmo, 1972.
- FRANCO, JEAN. «The Modern Culture of Latin America», Pelican Books, 1970.
- FOX. «La invención de España». Ediciones Cátedra, 1997
- JULIÁN MARÍAS. «España ante la historia y ante sí misma», Colección Austral, Espasa Calpe, S.A. 1996.
- LAGO CARBALLO, ANTONIO. «América, en la conciencia española de nuestro tiempo». Editorial Trotta, S.A., 1997.
- NIÑO RODRÍGUEZ, ANTONIO. «Hispanoamericanismo, Regeneración y Defensa del prestigio nacional», en «España-América Latina: Un siglo de políticas culturales», Pedro Pérez Herrero, Nuria Tabanera (Coordinadores), Monografías AIETI/SÍNTESIS, Coedición OEI, 1992.
- OVIEDO, JOSÉ MIGUEL. «Breve Historia del Ensayo Hispanoamericano», Alianza Editorial, 1991.

Artículos

- ESPADA BURGOS, MANUEL. «Mito y recreación de España», en Historia 16, año XXI, nº 252, abril 1997.
- GARCÍA CORTAZAR, FERNANDO. «Un '98 sin llanto» en Historia 16, año XXII, nº 257, septiembre 1997.
- GOYTISOLO, JUAN. «El '98 que se nos viene encima», El País, 27 de mayo de 1997.
- LADERO QUESADA, MIGUEL ÁNGEL. «La decadencia española historia de un tópico» (2), en Historia 16 Año XX, nº 239, marzo 1996.
- «Miguel Artola, la historia objetiva», SOL ALAMEDA, El País Semanal, 5 de octubre de 1997.
- «Los significados de la conmemoración del IV Centenario», SALVADOR BERNABEU ALBERT; «La actitud de los intelectuales españoles frente al IV Centenario», FERNANDO MÚGICA RIBERA; «La actitud de los intelectuales hispanoamericanos ante el IV Centenario», MARIO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA; en Descubrimiento de América, del IV al VI Centenario (Tomo I), Colección Veintiuno, Fundación Cánovas del Castillo, 1993.